

LA RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA. LAS MUJERES OLVIDADAS DE LA GENERACIÓN DEL 27

Sara M. Saz

Universidad Estatal de Colorado (Estados Unidos)

Este año se celebra el noventa aniversario de La generación del 27, un grupo de escritores que, hasta poco, se solía restringir a los hombres. Últimamente ha habido un esfuerzo por reivindicar para este grupo los nombres de unas mujeres singulares de gran talento que incluyen a Ernestina de Champourcin, Josefina de la Torre, Concha Méndez, María Teresa León, o María Zambrano, entre otras. Consideraremos la aportación de algunas de estas mujeres a la vida intelectual española, especialmente en los años de la II República y los difíciles años de la Guerra y Postguerra Civil española y su tardía incorporación al canon de las letras españolas. **Palabras clave:** Generación del 27, Sinsombrero, Lyceum Club, mujeres poetas

Tan reciente como junio de 2015, un editor de renombre, Chus Visor, preguntado por la poesía de las mujeres en el siglo XX afirmó, “Lo siento, pero creo que la poesía femenina en España no está a la altura de la otra, de la masculina, digamos [...]. Desde luego, si vas a coger a las poetas desde el 98 para acá, es decir, todo el siglo XX, no ves ninguna gran poeta, ninguna [...] No hay una poeta importante ni en el 98, ni en el 27, ni en los 50, ni hoy” (Azancot). Este, a nuestro juicio, desafortunado comentario, es solo un ejemplo del desdén, cuando no del olvido total, que se viene profesando hacia las mujeres que en España se dedicaron en el siglo XX a la poesía e incluso a otros géneros literarios.

Este año se celebra el 90 aniversario de ese espléndido grupo de escritores, principal pero no exclusivamente poetas, conocidos como los de la Generación del 27 y llamados a veces, los de *la edad de plata* de las letras españolas. Cualquier colegial español es capaz de citar por lo menos media docena de nombres que siempre figuran en sus libros de texto bajo el epígrafe “Generación del 27” y entre los que suelen destacar Federico García Lorca, Rafael Alberti, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, y Dámaso Alonso. En 1932, Gerardo Diego, otro importante

poeta del grupo, publicó con la editorial Signo una antología, *Poesía española. Antología 1915-1931*, con poemas de diecisiete escritores. No figuraba ninguna mujer. Dos años después publicó un segundo volumen y esta vez sí que incluyó los nombres de dos mujeres poetisas, Ernestina de Champourcin y la canaria Josefina de la Torre. Con algunas notables excepciones, como el libro de Ángel Valbuena Prat de 1930 sobre la poesía española contemporánea en el que aparecen Ernestina de Champourcin, Josefina de la Torre y Concha Méndez, la obra literaria de un nutrido grupo de mujeres de gran talento ha brillado por su ausencia¹³¹.

En los últimos años ha habido un esfuerzo por rescatar los nombres de ese grupo de mujeres singulares que incluyen, además de los tres mencionados por Valbuena, a María Goyri, la polifacética María Teresa León, la novelista Rosa Chacel o la filósofa María Zambrano. Son varios los críticos que han llamado la atención sobre la necesidad de darle la importancia que se merece a aquellas mujeres. Una crítica pregunta: “¿Dónde están las voces de la poesía escrita por mujeres? Las busco, no por ser mujeres, sino en cuanto poetisas olvidadas por una historiografía literaria lastrada por intereses ideológicos hoy caducos, pero que siguen siendo rentables en cátedras y en editoriales” (Romero López). Repasa las contadas ocasiones en las que figuran en diversas publicaciones esas mujeres y dice:

“Pero es el siempre lúcido José-Carlos Mainer en 1990 quien en una conferencia homenaje a María Teresa León se da cuenta de la injusta situación que sufren los nombres femeninos en la nómina del llamado grupo de 1927. [...] En dicha conferencia intenta Mainer justificar una generación femenina del 27 [...] El juicio crítico de Mainer abrió la puerta a otras investigaciones posteriores, como las de Juan Ignacio Ferreras quien en 1997 habla de la discriminación sexual que padece la literatura española o la apuesta de Emilio Miró en 1999 que ya se atreve a ofrecernos una *Antología de poetisas del 27*” (Romero López).

Algo que ha calado hondo en el público español y ha hecho mucho por rescatar los nombres y las obras literarias y artísticas (porque hubo también figuras del arte plástico) es el importante proyecto transmedia coproducido por RTVE en 2015 titulado *Las Sinsombrero*¹³². Dirigido por Tània Balló, Manuel Jiménez Núñez y Serrana Torres, el proyecto toma su sugerente título de un episodio que cuenta Maruja Mallo, pintora integrada en el grupo del 27, cuando un día cruzaba la Puerta del Sol madrileña en compañía de García Lorca, Dalí y Margarita Manso, también pintora:

“Todo el mundo llevaba sombrero, era como un pronóstico de diferencia social.

131 “También debe citarse la abundante floración de poetisas, entre las que recordamos a Josefina de la Torre [...], Ernestina de Champourcin, Concha Méndez Cuesta”. Valbuena Prat, citado por Enrique Serrano Asenjo en, “El Veintisiete propio y extraño de Ángel Valbuena Prat: Calderón vs. Góngora », *Bulletin Hispanique*, núm. 110-2, 513-35. Última consulta: 23/09/2017, <<https://bulletinhispanique.revues.org/769#authors>>. Incluso en la obra seminal de González Muela y Rozas (*La Generación poética de 1927. Estudio y antología*, Madrid: Ediciones Alcalá, 1974) no hay mujeres aunque sí incluye a diez poetisas principales y doce “complementarios”, o sea, veintidós hombres.

132 Consta de un documental para la televisión y el internet, un libro y amplio material pedagógico producido en colaboración con el Ministerio de Educación. Igualmente, está en las redes sociales (Facebook, Twitter, Instagram). Se creó un Wikiproyecto, y aplicaciones interactivas y un fondo de materiales audiovisuales. En mayo de 2017 se rodó la segunda parte. El 20 de noviembre de 2017 sale un disco, *Paco Damas canta a Las Sinsombrero*, donde el cantante pone música a estas mujeres poetisas del 27.

Pero un buen día, a Federico, a Dalí, a mí y a Margarita Manso, otra estudiante, se nos ocurrió quitarnos el sombrero. Y al atravesar la Puerta del Sol nos apedrearón, insultándonos como si hubiéramos hecho un descubrimiento, como Copérnico o Galileo. Que nos llaman maricones, creían que despojarse del sombrero era una manifestación del tercer sexo” (Balló et al.).

Comenta Raquel Moraleja en relación con este incidente, “Hubo incluso quienes quisieron agredirlas acusándoles de prostitutas. Pero ellas eran artistas, y eso, más aún siendo una mujer, más aún a principios del siglo XX, más aún en un país como España, suponía una transgresión sin precedentes” (Moraleja).

Las razones por las que no se les ha concedido su lugar merecido a una larga lista de mujeres brillantes de los años veinte son muchas y complejas. Desde luego, ha contribuido a ello el hecho de que en muchos casos estaban casadas o relacionadas con escritores y pintores también brillantes y en una sociedad muy patriarcal como la española, eso les perjudicó. María Teresa León era esposa de Rafael Alberti, Ernestina de Champourcín del poeta Juan José Domenchina, María Goyri, tía de María Teresa y filóloga, de Menéndez Pidal, Concha Méndez de Manuel Altolaguirre, Rosa Chacel del pintor Timoteo Pérez Rubio y Josefina de la Torre, era hermana del escritor Claudio de la Torre y esposa del actor Ramón Corroto.

En su conmovedora obra *Memoria de la melancolía* (1970), María Teresa León da algunas claves sobre el lugar que la sociedad entonces reservaba para la mujer. Recuerda los comentarios de su prima Jimena, hija de Menéndez Pidal y María Goyri, sobre el intelecto de ésta. Mirando la orla universitaria de su madre, dice: “Mira, es la única mujer, y le brillaron orgullosamente los ojos verdes. Doctora en filosofía y letras. ¿Qué te parece? Ninguna mujer lo había sido en España antes que mi madre” María Teresa, niña, no acabó de entenderlo: “Miró la niña sin comprender bien lo que significaba. ¿Por qué antes ninguna mujer lo fue?”. Llega la respuesta demoledora: “Tonta, porque en España estaban atrasados y, además, aquí la mujer no cuenta.” (León, 89). María Teresa, que recuerda que en casa de sus tíos, “aprendí los primeros romances españoles” (151), recibió una educación muy diferente a la de su prima. Jimena, una “chica diferente, morena que andaba sola por Madrid, que iba al colegio sin acompañante, colegio sin monjas, a la que dejaban leer [...] todos los libros” (89), asistía a la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1878 por Giner de los Ríos, entre otros, e inspirada en el krausismo. María Teresa, en cambio, era alumna de un colegio católico. “Comprendí”, escribe, “que los pasos de Jimena y los míos eran divergentes. Ella no iba a misa y yo, sí. En la Institución Libre de Enseñanza, donde se educaba, nadie le enseñaba el catecismo. No bajaban la voz para hablar del arte, aunque estuviesen llenos de desnudos los museos. Cuando alguno de aquellos amigos de la casa hablaba, por ejemplo, don Francisco Giner de los Ríos, se le escuchaba con veneración” (León, 151-2)¹³³.

133 Otra poeta de esa generación, Concha Méndez, también tuvo una experiencia desagradable sobre lo que se esperaba de las niñas y las mujeres en aquel entonces. Dice: “-Me acuerdo un día, que mi padre tenía un amigo y vino a verle. Le dice a mis hermanos, chiquitos: ‘¿Qué quieres ser de mayor?’. Me adelanté, no me preguntaba nada: ‘Yo voy a ser capitán de barco’. Dice: ‘Las niñas no son nada’. Yo le tomé un odio a aquel hombre, horrible. ¿Qué es eso de que las niñas no son nada? Yo, desde pequeña, quería ser algo, ¿verdad?’” (Balló et al.).

Una de las cosas contra la que se rebeló la niña María Teresa fue aquel afán de las monjas de censurar su lectura. Recuerda que un día en el colegio, una de sus compañeras le delató por leer las obras de Dumas:

“Asombro y consternación. [...] Lo importante fue que la chica contó que María Teresa León leía libros prohibidos. ¡Pero, no! ¡Pero, sí! ¿Y Víctor Hugo? También lo he leído. Claro, como tu madre te vigila tan poco... Y ese tío tuyo. Yo les grité: “¡Y tía! Mi tía fue la primera mujer de España que estudió en una universidad. Peor para ti. Por ahí entra el diablo. [...] ¡Madre, madre, venga! Esta chica... [...] Se acercó la maestra. “¿Por qué llora usted, María Teresa?” Yo me levanté como una dolorosa: “Porque leo a Alejandro Dumas.” “¿A quién? “A Alejandro Dumas.” “Bueno, siéntese.” Le preguntaron al confesor si era pecado” (León, 141).

Este incidente fue una de las razones por la que acabó según dice, “expulsada suavemente del Colegio del Sagrado Corazón, de Leganitos, de Madrid, porque se empeñaba en hacer el bachillerato, porque lloraba a destiempo, porque leía libros prohibidos” (142). Si Jimena tenía libre acceso a la privilegiada biblioteca de sus padres, María Teresa contaba con “su tío el loco de Barbastro” (88). Este pariente algo estrambótico se pasaba el día leyendo y le abrió su biblioteca, dejándole leer “todos los libros”. En esa pequeña ciudad de la provincia de Huesca encontró María Teresa la gloria porque “Todos los libros fueron para ella” (143). Allí, con las vitrinas llenas de libros en español y francés descubrió obras como *Les liaisons dangereuses* y aquellos libros de Dumas que le fascinaban (y que le traerían problemas en el colegio).

A pesar de su defensa a ultranza de la mujer, María Teresa León no dudó nunca en ponerse en una posición secundaria frente a su marido, Rafael Alberti. Lo expresa con unas palabras a menudo citadas: “Ahora yo soy la cola del cometa. Él va delante” (222). Esta actitud abnegada frente al esposo, sin embargo, no la mantenía cuando se trataba de las esposas de otros poetas, por lo que no tiene inconveniente en declarar, al comentar la muerte de Zenobia Camprubí en 1956, “Zenobia Camprubí acababa de recibir el Premio Nobel” (513). Anticipa la reacción en el lector: “No, estás confundida, el Premio Nobel fue para Juan Ramón”, ya que, efectivamente, este había recibido el Premio Nobel el mismo año en el que murió su esposa. Lo justifica en una especie de diálogo con un interlocutor invisible:

“¿Y sin Zenobia, hubiera habido premio? [...] Todo está solucionado ya. ¿Qué era lo que Zenobia solucionaba tan imperiosamente? Pues la vida. La vida de los poetas no se soluciona como la de los pájaros, no provee sus alimentos aquel que cuida las golondrinas viajeras. Los poetas comen, duermen, se agitan y desean como cualquier hombre. Bueno, no, peor, son más difíciles que cualquier hombre. Zenobia Camprubí sabía muy bien esto”. (León, 513).

¿Es lícito pensar que ese comentario de que los poetas “son más difíciles que cualquier hombre” le salió del alma después de los muchos años que llevaba ya con Rafael Alberti?

Dos instituciones de Madrid fueron especialmente importantes para el desarrollo del feminismo en las dos décadas antes de la proclamación de la Segunda República en 1931, la Residencia de Señoritas y el Lyceum Club Femenino. La primera, fundada en 1915, fue innovadora en la enseñanza y se inspiraba en la Residencia de Estudiantes creada cinco años antes. Para María Teresa,

sin embargo, tuvo especial relevancia el Lyceum Club Femenino, creado en 1926 porque “las mujeres no encontraron un centro de unión hasta que apareció el Lyceum Club” (514).¹³⁴ María de Maeztu, directora de la Residencia de Señoritas, también fue presidenta del Lyceum Club y tuvo como secretaria a Zenobia Camprubí. Entre sus socias contaba con Carmen Baroja, hermana de Pío, Ernestina de Champourcín, Concha Méndez, Victoria Kent y otras destacadas mujeres de la época. Relata María Teresa León el escándalo que supuso la creación de este lugar de encuentro para mujeres modernas: “En los salones de la calle de las Infantas se conspiraba entre conferencias y tazas de té. Aquella insólita independencia mujeril fue atacada rabiosamente. El *caso* se llevó a los púlpitos, se agitaron las campanillas políticas para destruir la sublevación de las faldas” (514). La oposición social a estas reuniones de mujeres educadas, cultas, muchas de ellas escritoras, fue brutal. El club:

“fue categorizado, estigmatizado y juzgado de muchas maneras en su época. Sus socias fueron etiquetadas de «criminales», «liceómanas», «ateas», «excéntricas» y «desequilibradas» (Rodrigo, 1979:136). Se consideraba el club como un «casino femenino» lleno de «mujeres jugadoras» porque había una sala para jugar a las cartas (Fagoaga, 2002: 146-47). Se sospechaba que era un local de ocio, que era, por supuesto, donde obraba el demonio|” (Mangini, 126).

Los ataques no cesaron siquiera durante la Segunda República:

“Luego, durante la República, las agresiones procederían de los que militaban en las filas falangistas que denunciaban la «afemenización» del país por la creciente participación de la mujer en el sector público; sobre todo, este temor a la mujer moderna procedía de un machismo fanático, importado de Alemania e Italia” (Mangini, 126).

Son especialmente llamativas esas críticas feroces al principio de los años treinta, teniendo en cuenta todos los derechos que habían adquirido las mujeres con la Constitución de 1931, incluido el del voto y a la igualdad jurídica con el hombre. Muchos de esos derechos civiles los perderían después de la Guerra Civil y no los recuperarían hasta la Constitución de 1978, o incluso después, como en el caso del derecho al divorcio que no volvería a ser legal hasta la promulgación de la nueva ley del divorcio en 1981¹³⁵.

134 El 8 de marzo de 2017, Día Internacional de la Mujer, la alcaldesa de Madrid, Manuela Carmena, descubrió la primera placa para homenajear a las mujeres de la Generación del 27 en la “Casa de las Siete Chimeneas”, c/ Infantas, 31, donde antes había existido el Lyceum Club. Según María Sanz, “el Ayuntamiento de Madrid reivindica a las mujeres que integraron ese colectivo (es decir, la Generación del 27) (sí las hubo) y cuyo trabajo se vio silenciado por sistema y condenado al olvido por una cuestión de género” (Sanz, María. “Las mujeres de la Generación del 27 conquistan su merecido (y necesario) espacio en las calles de Madrid”, *Traveler*, 8 de marzo, 2017, s./p. Última consulta: 24/09/2017, <<http://www.traveler.es/viajes/mundo-traveler/articulos/mujeres-generacion-del-27-calles-de-madrid/10315>>). La placa dice: “Este edificio fue la sede del Lyceum Club Femenino, 1926-1939, lugar referente para el protagonismo de las mujeres en la conquista de sus derechos civiles”. Otras placas conmemorarán, entre otras, a Victoria Kent, Maruja Mallo, y Ernestina de Champourcín. Se trata del plan “Memoria de Madrid,” (1990) para recordar a personas o hechos relacionados con la historia de Madrid. Hasta la fecha hay 275 placas dedicadas a hombres y 32 a mujeres, disparidad que se piensa compensar.

135 En 1931 se declara: “El matrimonio se funda en la igualdad de derechos para ambos sexos, y podrá disolverse por mutuo disenso o a petición de cualquiera de los cónyuges, con alegación en este caso de justa causa” (*Constitución de la República Española, 9 de diciembre de 1931*, s/p. Última consulta: 24/09/2017, <http://www.congreso.es/docu/constituciones/1931/1931_cd.pdf>). El 1 de octubre de 1931, Clara Campoamor habló en el hemiciclo del sufragio de las mujeres: “¡Las mujeres! ¿Cómo puede decirse que cuando las mujeres den señales de vida por la República se les concederá como premio el derecho a votar? ¿Es que no han luchado las mujeres por la República? [...] ¿Por qué el hombre, al advenimiento de la República, ha de tener sus derechos y han de ponerse en un lazareto los de la mujer?”

El Lyceum Club, además de ofrecer a las mujeres un lugar para reunirse y debatir temas sociales, políticos y literarios, invitaba a destacadas personas a dar conferencias. Es notoria la reacción petulante de Jacinto Benavente, “No tengo tiempo. Yo no puedo dar una conferencia a tontas y a locas” (León, 514-5). Sí que accedieron otros, entre ellos, Alberti, cuya conferencia, “Palomita y Galápago (No más artríticos)” era, “No la de menos bulla” (515). Alberti luego describiría el evento en su obra *La arboleda perdida*¹³⁶.

Esta institución tan importante para el feminismo español, lugar de encuentro de tantas mujeres de gran calibre intelectual y artístico, dejó de funcionar al estallar la guerra en 1936. Es sumamente irónico que después de la guerra, lo que había sido símbolo de lo más vanguardista en el terreno femenino, se convirtió bajo Franco en el Círculo Medina de la Sección Femenina de Falange. En el NO-DO del 31 de mayo de 1954, ya quince años después de terminar la Guerra Civil, se presenta un reportaje sobre “Las actividades culturales en el Círculo Medina de la Sección Femenina de Madrid” que seguramente haría llorar a aquellas mujeres modernas de pre-guerra que soñaban con la independencia y *Un cuarto propio*, como proponía Virginia Woolf en su obra de 1929¹³⁷.

Si el NO-DO de 1954 resulta deprimente, más deprimente aún resulta el artículo de Dolores Pérez-Camarero publicado en 1945 en *ABC* que pretende divulgar la “gran labor cultural” del Círculo Medina. Según ella, el Círculo es un “bello rincón donde reunirse, leer, charlar, oír buena música aprender en unas documentadas conferencias y tomar un buen té o un chocolate a la española” (Pérez-Camarero). Además de estas edificantes actividades, “no deja de ser interesante todo cuanto la palabra del inteligente padre Mauricio de Begoña diga sobre los inquietantes problemas del matrimonio”. Si las palabras del padre Mauricio resultan demasiado serias o intelectuales, siempre les queda la opción a las mujeres de reunirse “en la salita o en el comedor” y hablar “alegremente de trapos, de “cine”, de estudios o de novios.”

Lo que quiere dejar de una claridad meridiana es que el Círculo Medina, aunque se ubique en el mismo lugar, definitivamente *no es el Lyceum*, y el tipo de mujer a la que presta servicios no tiene nada que ver con las sinvergüenzas que lo frecuentaban antes de la guerra:

Juan José Mateo señala que incluso hoy, “Solo el 39% de los actuales diputados son mujeres, y estas no llegan a ser el 50% de ninguno de los principales partidos” (“Las pioneras de la política española siguen luchando por la igualdad”, *El País*, 23 de enero de 2017, 20).

136 “El día anunciado, el poeta se presentó en el salón con una paloma enjaulada en la mano, un galápago en la otra [...]. La conferencia fue al principio una muestra de humor absurdo. [...]. Los asistentes se rieron, pero Alberti, tal vez animado por las risas, se dedicó a criticar a conocidos escritores [...], lo que produjo la indignación de muchas de las espectadoras (entre las que se encontraban las mujeres de algunos de los mencionados), y el aplauso de algunas vanguardistas, como Ernestina de Champourcin, Concha Méndez [...] y Maruja Mallo” (Marina, J. A. y Ma.Teresa Rodríguez de Castro. “La conspiración de las lectoras”, *El Mundo*, “Crónica”, núm. 736, 22/11/2009, s/p. Última consulta: 24/09/2017, <<http://www.elmundo.es/suplementos/cronica/2009/736/1258844412.html>>).

137 Traducida la obra por Borges en 1935 (Buenos Aires: Revista *Sur*), la pudieron conocer antes las socias del Club Lyceum que sabían inglés, como Zenobia Camprubí. El mencionado NO-DO destaca una exposición que muestra “la belleza y variedad de nuestra artesanía”, incluyendo unas muñecas vestidas con trajes regionales. Hay imágenes de la biblioteca, de fondos seguramente muy diferentes a los que existían en el Lyceum, así como de uno de los salones donde un trío entretiene a un público de mujeres embelesadas. Se informa que dos veces al mes el Círculo cede su local a la Asociación de Antiguas Alumnas cumplidoras del Servicio Social. También se destaca una exposición de tallas de vírgenes, descritas con palabras llenas de reverencia y devoción.

“no creáis que el Círculo Medina es la sede de un grupo de niñas intelectualoides, que viste a “lo chico”, llevan gafas de concha [...] y hablan con descaro de Kant y de su imperativo categórico. No. Ya sé que siempre que se habla de un círculo femenino, se piensa que se trata de algo que no es círculo ni es femenino. Maneras severas, vestidos sin gusto, charlas absurdas, mentes ásperas, espíritus tristes. Pues no, el Círculo Medina no es así. [...] Ahí lo tenéis: salas alegres, mucha luz, muchas flores, espejos; sencillez y elegancia, pero también feminidad y quizá algo de coquetería. Y sus miembros, unas chicas normales, como tú y como yo, lectora. Porque estoy segura de que tú serás como te pienso, ¿no?” (Pérez-Camarero).

Las chicas que frecuentan el Círculo, dice, pueden ser más o menos bonitas (sus dotes intelectuales ni se mencionan), pero si hay una cosa que tienen en común es que son “todas muy femeninas”. Unas estudian y otras trabajan pero lo que les une es que: “Les gusta coser, hablar de trapos y vestir lo mejor posible”. Encima, como no, “Son fervorosas católicas y buenas españolas”. Si todo esto no es suficiente para seducir a la lectora, se añade un detalle incontestable: “En alguna ocasión, la esposa y la hija del Caudillo honraron los salones del Círculo con su presencia”. Y una foto de Carmen Polo y Carmencita, presenciando un concierto en la sede, sirve como prueba irrefutable de las bondades del Círculo.

Esta involución tan drástica en el estatus de la mujer durante los largos años del franquismo, unida al hecho mencionado de que muchos escritores de la Generación del 27 tenían esposas escritoras o artistas dispuestas, como María Teresa, a ocupar un segundo lugar, ha contribuido enormemente a la falta de aprecio y hasta al olvido de este grupo de mujeres singulares. Además, en 1945, cuando apareció este artículo de ABC, la inmensa mayoría de esas mujeres brillantes llevaban años exiliadas y esto también contribuyó al desconocimiento de su obra en España, aunque gradualmente la de sus maridos se fuera conociendo.

María Teresa León es una de las mujeres más destacadas de este grupo y una de las más polifacéticas. Según José María Amado, ella es: “un caso más de oscurecimiento literario, una víctima más para la cultura en España durante los cuarenta años de la dictadura, es una de las plumas mejores de la llamada generación del 27” (Torres Nebrera, 9). Antes de 1977, año en el que María Teresa y Alberti retornaron de su largo exilio, había en España muy pocos libros de ella¹³⁸. Teniendo en cuenta las adversas condiciones en las que escribió gran parte de sus obras, resultan realmente asombrosos el talento y la energía de esta mujer. Durante la Guerra Civil fue partícipe muy activa en varias importantes hazañas como el traslado de cuadros del monasterio de El Escorial y del Prado a Valencia, fue directora de las Guerrillas del Teatro del Ejército del Centro que llevó obras teatrales al mismísimo frente¹³⁹ y tuvo una labor funda-

¹³⁸ La obra de Gregorio Torres, citada en la bibliografía, *Los espacios de la memoria*, da amplia cuenta de la trayectoria de la publicación en España de las obras de María Teresa León.

¹³⁹ Al final de 1937 María Teresa dirigió *La destrucción de Numancia* de Cervantes, versión de Alberti, pero: “La Guerra nos había obligado a cerrar el gran teatro de la Zarzuela y también la guerra había convertido a los actores en soldados. Este llamamiento a las armas nos hizo tomar una resolución y la tomamos. ¿Por qué no ir hasta la línea de fuego con nuestro teatro?” (112). Organizaron una función memorable para despedir a las Brigadas Internacionales. María Teresa representó España en un texto de Alberti, *Cantata de los Héroes y la Fraternidad de los Pueblos*: “Todos aquellos hombres, combatientes por la libertad del mundo, se habían puesto en pie, cuadrados y firmes ante la figura de España. [...] Un escalofrío constante recorría mi cuerpo. [...] Los internacionales no se sentaron hasta que no concluyó

mental en la dirección de la revista *El mono azul* de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Además, publicó artículos y cuentos y se implicó a fondo por favorecer la causa republicana. Después de la guerra, empezó con Alberti un largo exilio de casi cuarenta años por varios países de América y Europa. Un crítico resume su labor literaria:

“Cuentos, ensayos biográficos [...], tres novelas largas, guiones de cine, dos piezas teatrales, dos libros de reportajes [...], guiones de radio, y sobre todo su libro de memorias, suman más de quince entradas bibliográficas, sin contar diversos artículos en prensa, hoy dispersos” (Torres Nebrera, “María Teresa León”, 367).

Sigue el mismo crítico: “Una obra de suficiente calado que merece ya algo más que la escasísima atención, con frecuentes incorrecciones y ausencias, cuando la hay, en Historias, diccionarios y repertorios de la literatura española de este siglo, de estos años” (367).

El exilio, a pesar de la buena acogida que recibieron los Alberti de parte de escritores e intelectuales en los países donde iban fijando su residencia, fue sumamente doloroso para María Teresa, quien llega a suplicar en su *Memoria de la melancolía*: “Una patria, Señor, una patria pequeña como un patio o como una grieta en un muro muy sólido. Una patria para reemplazar a la que me arrancaron del alma de un solo tirón. Si eso sucediese, mis ojos llorarían como recién nacidos el llanto más cálido que los ojos humanos pueden proporcionar” (81). En otro momento lamenta de forma desgarradora: “Estoy cansada de no saber dónde morirme. Ésa es la mayor tristeza del emigrado” (97).

La vocación literaria de María Teresa se despertó pronto, antes de conocer al que sería su segundo marido, Rafael Alberti. En 1924, a los veintidós años, ya casada desde los diecisiete, con un hijo y otro que llegaría al año siguiente, empezó su colaboración periodística con el *Diario de Burgos*, ciudad donde estaba destinado entonces su marido, colaboración que continuaría hasta 1928. Al principio firmaba sus artículos con el seudónimo de Isabel Inghirami, nombre españolizado de la heroína de la última novela de D’Annunzio *Forse che sí, forse che no* (*Tal vez sí, tal vez no*) (1910). ¿Fue casualidad que María Teresa, atrapada en un matrimonio cada vez más difícil, eligiera este seudónimo? La Isabella de D’Annunzio, una joven viuda moderna con coche y un guapo amante, Paolo, tiene una libertad negada en aquella época a María Teresa. En 1925, bajo el mismo seudónimo, publicó un corto artículo en la *Correspondencia Militar* de Madrid titulado, “Apuntes de una mujer. Mis reflexiones” en el que se mofa de que la sociedad asocie a la mujer con las cosas frívolas y pregunta: “¿No opinas que la frivolidad eterna, aplicada a las cosas de mujer, es algo como un sonsonete molesto?” para continuar, “La frivolidad, el diletantismo en la forma de tocar levemente los asuntos más serios sin profundizar, sin hacer más que piruetas sociales, “flirt”, moda, etc., ha sido nuestra característica” (León, “Apuntes”). Hija de un coronel del ejército, es interesante que María Teresa publicara alguna de sus primeras escaramuzas literarias en un periódico militar en el que los demás autores eran abrumadoramente masculinos¹⁴⁰.

el último verso de aquella “Cantata de los Héroes” que nos uniría ya para siempre jamás con una fraternidad sin fin” (117).

140 En esa revista hay artículos de militares con títulos tales como “La Marina Mercante”, “Historietas militares”, “La escuela y la Patria” o “Lo que dice el general Burguete (interesante entrevistó con el director general de la Guardia Civil)”. En *ABC*, el 10 de julio de 1925, se publica un resumen de lo

Aunque se tardó muchos años en publicar y distribuir las obras de María Teresa León en España, a partir de la muerte de Franco en 1975, empezaron a aparecer ediciones de sus cuentos, novelas, memorias, teatro, y crítica literaria. Esto, sin embargo, llegó tarde para ella: murió en 1988 después de años aquejada de Alzheimer, y recluida en un sanatorio.

Si la vocación literaria de María Teresa León se despertó a una temprana edad, la de Josefina de la Torre, una de las dos mujeres poetas incluida por Gerardo Diego en su antología de 1934, fue incluso más temprana. Nacida en Las Palmas de Gran Canaria, empezó a escribir poesía de niña y publicó su primer libro, *Versos y estampas* en Málaga en 1927 a los veinte años en un suplemento de la revista *Litoral*. Lo prologó nada menos que Pedro Salinas, a quien había conocido en Madrid. Para él, Josefina era, “Aquella isla [...] rodeada de agua por todas partes” (Salinas, 9). Poemas en prosa (*estampas*) y poesía (*versos*) se alternan en esta obra que consta sobre todo de recuerdos felices de la niñez vivida en la Isla. La mayoría de los poemas son breves evocaciones líricas en lenguaje sencillo y verso libre. En su canto al paisaje isleño y al omnipresente mar, De la Torre sigue el ejemplo de otros poetas canarios como Tomás Morales, Saulo Torón o Alonso Quesada (seudónimo de Rafael Romero), máximos representantes del Modernismo canario. Fue precisamente a Alonso Quesada a quien, en 1915, a la tierna edad de ocho años, De la Torre dedicó varios poemas. Empezó a publicar poemas sueltos en la prensa canaria en 1920, antes de cumplir los trece años y algunos de estos precoces poemas llegaron también a la prensa peninsular, sobre todo a la que frecuentaban los poetas del 27¹⁴¹.

Procedía de una familia de gran presencia en el mundo canario de las letras y las artes. Su hermano Claudio, dramaturgo, novelista y director de cine, ganó el Premio Nacional de Literatura en 1924. Su primo Néstor era pintor y poeta. Su tío paterno, también Néstor, fue barítono y en casa de su abuelo materno, el historiador, novelista y músico, Agustín Millares Torres, se montó un pequeño teatro donde la niña Josefina participó en obras teatrales. En 1927, ella y Claudio crearon en su casa de Las Canteras el *Teatro Mínimo*, representando no solo obras nacionales sino de dramaturgos europeos como Ibsen o Shaw. Con talento musical, estudió piano, guitarra y violín en la isla, para luego ampliar sus estudios de canto en Madrid, donde dio varios recitales exitosos en lugares como el Lyceum Club Femenino y la Residencia de Estudiantes, frecuentados por destacados miembros de la Generación del 27, con quienes ya había trabado gran amistad a través de Claudio. Fue soprano solista con la Orquesta Sinfónica de Madrid y miembro de la compañía de zarzuelas del maestro Sorozábal.

Su talento polifacético, sin embargo, no se limitaba a la literatura y la música. En 1934 hace doblajes para Paramount en Francia, trabajando con Claudio, entonces director de cine, y con Luis Buñuel, llegando a ser “la voz en castellano de Marlene Dietrich” (Durán). En 1940 empieza su carrera en el Teatro Nacional María Guerrero, donde fue primera actriz. También actúa en varias películas, es ayudante de dirección en otras y hasta guionista. Su última

que, por lo visto, era un número especial de ocho páginas, “de cuyo valor e interés puede juzgarse por el siguiente sumario” (20).

141 Véase Millares para detalles sobre las primeras publicaciones de la poeta y su relación con los de la Generación del 27

actuación fue en 1983 en una serie de Televisión Española. El 13 de julio de 2002, al día siguiente de su muerte a los noventa y cinco años, apareció un obituario anónimo en *El País* destacando precisamente este aspecto polifacético y recordando que recientemente había recibido el reconocimiento de su tierra mediante la concesión por parte del gobierno regional de la Cruz de la Orden “Islas Canarias”. También hace notar las opiniones de Selena Millares de que, “sus versos hablan del lento gotear del tiempo, y también del amor y de la ternura, especialmente proyectadas hacia los olvidados y los humildes, locos o mendigos, sirvientas o niñas pobres, ancianos o desamparados, en los que se unen a un tiempo la insularidad y la universalidad” (Anónimo, “Muere Josefina de la Torre”).

Su segunda obra poética, *Poemas de la isla* (Barcelona: Altés), apareció en 1930. Como en el caso de *Versos y estampas*, el mar y el paisaje isleño predominan pero se incluyen algunas metáforas más atrevidas y llamativas. También aparece el tema del amor, a veces de forma irónica como en su poema: “Mira:/ me gustas porque sabes/decir mentiras./Si dijeras verdades/no me gustarías¹⁴². Otro elemento que aparece en varios poemas es el sueño, que algunos ven como un indicio de influencia surrealista¹⁴³. Según Martín Fumero, este poemario de cincuenta y dos poemas, “se constituye como el conjunto de poemas más vanguardista de la poetisa grancanaria. La isla, símbolo universal, representa en su pequeñez un microcosmos, la máxima concentración de universalidad. Es emblema de lo misterioso, es símbolo de síntesis” (Martín Fumero, 427)¹⁴⁴.

Después de *Poemas de la isla* vendría un largo silencio editorial de casi cuarenta años hasta *Marzo incompleto* (Las Palmas: Lezcano, 1968), aunque los poemas aparecieron antes en la revista *Fantasía* en 1945¹⁴⁵. La obra, con poemas que databan de los años treinta y cuarenta, es nostálgica y habla tanto del amor como del paso del tiempo. Si la Guerra Civil marcó indeleblemente a todos los poetas de la Generación del 27, en el caso de Josefina, que se quedó en España, supuso, además de las esperanzas truncadas de la II República, la pérdida de gran número de íntimos amigos poetas que se marcharon al exilio.

Una de las grandes decepciones de su vida fue la maternidad frustrada y en uno de sus poemas habla de forma enternecedora con ese hijo tan deseado que nunca se materializó: “A lo largo de mis años estériles, / ¡cuánto he pensado en ti! / He apretado la frente de sueños / y he estrujado el pobre desconsuelo / de tu cuerpo pequeño, / tus primeras sonrisas, / tu primera palabra. (*Marzo incompleto*). Su último poemario, *Medida del tiempo* (1989), lleno de melancolía, incluye poemas escritos entre 1940 y 1980, fecha en que murió prematuramente su marido.

142 Véase Martín Padilla (*Archipiélago de las letras*) para este poema y otros de Josefina de la Torre.

143 Martín Fumero (438) nombra a Blanca Hernández Quintana (Josefina de la Torre. *Poemas*, Estudio de Blanca Hernández Quintana. Canarias: Interseptem, 2004) como una de los críticos que han visto en las imágenes del sueño indicios de una influencia surrealista en Josefina de la Torre, teoría que él no comparte.

144 En 2000 Carlos Reyes publicó una edición bilingüe inglés/español de *Poemas de la isla* (Cheney, Washington: Eastern Washington University Press), dando así a conocer a esta poeta isleña al público anglosajón.

145 Varios autores, incluido Emilio Miró (*Antología de poetisas del 27*, Madrid: Castalia, 1999), dan la fecha como 1947 pero Lucía Montejo Gurruchaga (“La revista *Fantasía*. Semanario de la invención literaria (1945-1946). Narraciones olvidadas de autoría femenina”, *Lectura y Signo*, 9 (2014), 65-85), señala la fecha como 1945.

Según Alicia Mederos, comisaria de la exposición *Los álbumes de Josefina de la Torre* organizada en Las Palmas poco antes de la muerte de la escritora, si todavía no se conoce bien su obra, en parte se debe a que, “su voz quedó ensombrecida por la megafonía social de los varones de la generación del 27” (Pardellas). En una entrevista, Josefina aventuró que su propia naturaleza polifacética pudo contribuir a que no se le conozca bien: “Tal vez porque este país no perdona la bicefalia, y menos aún la multiplicidad de facetas, como es mi caso” (Martín Padilla). Pero quizás hay también otra razón que contribuyó al aparente olvido de esta mujer tan excepcional:

“La comisaria de la exposición considera que, al no exiliarse, a Josefina de la Torre le cayó la losa del olvido frente a los laureados retornados, pasando casi por colaboracionista cuando intelectual y artísticamente era totalmente rupturista’. Como contrapartida, el libro de autografos que se expone en esta muestra da fe de su magnífica relación con todos los autores del 27.” (Pardellas).

Josefina, junto con su hermano Claudio y la mujer de éste, llegaron a refugiarse en la Embajada de México durante la Guerra Civil, pero al final no se exiliaron y los tres volvieron a su amada isla de Gran Canaria. Sea cual sea la razón por la que se ha tardado tanto en reconocer su categoría intelectual y artística, el cada vez mayor número de estudios sobre ella es testimonio de su valía y su derecho de perdurar en el tiempo.

Ernestina de Champourcin, la otra mujer incluida en la antología de 1934, fue más prolífica que Josefina de la Torre. Nacida en Vitoria en 1905, aunque criada en Madrid en el seno de una familia de ascendencia francesa y aristocrática, publicó su primer poemario, *En silencio* (Madrid: Espasa Calpe), en 1926 a los veintiún años. En 1928 apareció *Ahora* (Madrid: Imprenta Brass), en 1931 *La voz en el viento* (Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones) y en 1936, *Cántico inútil* (Madrid, Aguilar).

Con la llegada de la Guerra Civil, empezó una gran etapa de silencio para Ernestina que emprendió, como tantos otros, un largo exilio hasta 1972, primero en Francia y después en México, donde se dedicó a la traducción y la interpretación para sobrevivir. En 1952, después de dieciséis años sin publicar, apareció *Presencia a oscuras* (Madrid, Rialp), seguido de varios poemarios publicados con la editorial Mexicana Finisterre (*El nombre que me diste...*, 1960, *Cárcel de los sentidos*, 1964, *Hai-kais espirituales*, 1967, *Cartas cerradas*, 1968). A partir de 1972, cuando Alfaguara publicó *Poemas del ser y del estar*, sus obras fueron apareciendo en España casi hasta su muerte en Madrid en 1999 a los noventa y cuatro.

Criada en el seno de una familia católica y monárquica, Ernestina se volvió republicana y el mismo año que estalló la Guerra Civil, se casó civilmente con el también poeta y secretario personal de Manuel Azaña, Juan José Doménchina. En Madrid, era activa socia del Lyceum Club Femenino y entró en contacto con los miembros de la Generación del 27, varios de los que apreciaban no solo su faceta de poeta sino de crítica literaria y, como Alberti o Guillén, le pedían su opinión sobre sus poemas. Si en su primera etapa su poesía, con fuerte influencia de Juan Ramón Jiménez, aborda distintas facetas del amor humano, en México sufrió una crisis espiritual, se hizo miembro del Opus Dei y su poesía se imbuía de misticismo. En esta etapa cultiva formas tradicionales

(el soneto o el romance, entre otras), aunque también había escrito algunos sonetos antes. No obstante, no abandonó el vanguardismo ya que publicó en 1967 su libro de *Hai-kais espirituales* en el que utiliza la forma del haiku japonés que se hizo popular en España en los años veinte.

En una entrevista en 1996, le preguntaron si era cierto que le gustaba mucho la poesía de Juan Ramón Jiménez y contestó: “—Bueno, sigue siendo uno de los dos poetas españoles que más me gustan, que son Juan Ramón Jiménez y San Juan de la Cruz” (Checa). Llegó incluso a escribir un libro de recuerdos sobre él, *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)* (Madrid: Los libros del Fausto, 1981). La admiración de Juan Ramón Jiménez por su poesía facilitó el contacto de Ernestina con los miembros de la Generación del 27:

Según Rosa Fernández Urtasun:

En los años 20 la escritura femenina, en general, se consideraba un simple juego, un elemento de decoración más en la vida de algunas mujeres. Así lo refleja la crítica, que juzgaba estas obras con criterios diferentes que la de los hombres. No era fácil que un poeta de cierto prestigio leyera versos escritos por mujeres, y resulta sorprendente la apertura que en este sentido siempre tuvo Juan Ramón. Gracias a su apoyo, Ernestina pudo integrarse en parte de la vida cultural que compartían sus compañeros de generación. (Fernández Urtasun).

La misma crítica señala que a partir de su segundo libro, *Ahora*, la poesía de Ernestina incorpora más elementos de la poesía vanguardista, incluidas metáforas atrevidas y da gran importancia al ritmo. Además, en el tema del amor, concede un papel mucho más activo y sensual a la mujer de lo que era corriente en aquellos años. (Fernández, De Pablo y Lamo de Espinosa). Se ha dicho de Ernestina:

“Desde su primera obra *En silencio* hasta la última de esta primera etapa *Cántico inútil* se observa un largo camino de depuración poética. De un arranque con marcadas influencias románticas y modernistas va evolucionando, siguiendo de cerca el magisterio de Juan Ramón Jiménez, hacia una poesía cada vez más conceptual y pura. Ernestina fue en esa época de vanguardias y exactitudes líricas una de las defensoras de la poesía pura. Pero su poesía, al margen de modas y gustos, fue en todo momento un clamor de amor humano dirigido a los seres y a las cosas que formaban el entorno de su vida y las aspiraciones de su corazón” (Ascunce).

En cuanto a su falta de reconocimiento, su sobrino, Jaime Lamo de Espinosa, sugiere que tal vez tenga que ver con el momento en que ella eligió volver a España, es decir, 1972, tres años antes de la muerte de Franco. Dice, “Quizás se equivocó en el lugar y en el momento de volver.” Si hubiera regresado tras la Transición, “envuelta en el aura de la Izquierda, en vez de hacerlo unos años antes y recubierta en el manto de lo espiritual y lo religioso, probablemente tía Nina, Ernestina de Champourcin, hubiera sido una poeta más celebrada y elogiada por unos y por otros” (Fernández, De Pablo y Lamo de Espinosa).

Lo que también ha contribuido a su reconocimiento tardío ha sido la dificultad de conseguir sus obras. Ascunce remedió esto en gran parte con la publicación en 1991 de una antología de sus poemas, *Poesía a través del tiempo* (Barcelona, Ed. Anthropos). Después han habido varias antologías más, la más importante, tal vez, la de Jaime Siles, *Ernestina de Champourcin. Poesía esencial*. (Madrid: Fundación Banco de Santander, 2008). En octubre de 2005, se organizó en Vitoria un congreso internacional, *Ernestina de Champourcin. Mujer y*

cultura en el siglo XX, para celebrar el centenario de su nacimiento, reclamando su lugar merecido entre los poetas de su generación. En marzo de 2007, se presentaron en el Ateneo de Madrid las actas de ese congreso, publicadas por Biblioteca Nueva, Madrid. En una nota, Paolo Fava celebró lo que consideraba una reivindicación de la figura de Ernestina, injustamente “relegada hasta el punto que los periódicos no tuvieron reparo en decir que con Alberti moría ‘el último de la generación del 27’, aunque Ernestina siguiera con vida” (Fava).

Faltan justo diez años hasta el centenario de los poetas de la llamada Generación del 27. Es de esperar que con la objetividad que proporciona el tiempo, más el abundante material que se ha ido publicando en los últimos años y el que está por venir, en esa fecha se haga una revisión ya definitiva del canon. Esperamos que en las múltiples celebraciones que sin lugar a duda habrá, se incluyan no solo los nombres de aquellos hombres tan merecidos de su lugar en la historia de la literatura española sino los de las mujeres como María Teresa León, Josefina de la Torre, Ernestina de Champourcin y otras, que también por méritos propios deben estar. En un reciente artículo, “Muy hartas”, con esa agudeza habitual que la caracteriza, Rosa Montero habla de la compositora Marta Rodrigo, muerta hace cincuenta años. Menciona que pertenecía al Lyceum Club Femenino donde tenía amistad con varias de las destacadas mujeres de entonces, “Todas ellas tan competentes o más que los hombres de la época y luchando por un proyecto de modernización social que truncó la guerra” (Montero). Comenta que, “Últimamente han empezado a englobarlas dentro de la generación del 27, en un tímido intento de otorgarles el protagonismo que merecen” (Montero). Declara, “Y es que tengo la sensación de que las mujeres del mundo empezamos a estar hartas, terriblemente hartas del paternalismo con el que, a regañadientes, la sociedad nos va aceptando”. No se trata, argumenta Montero, de incluir a ciertas mujeres para cumplir con algún tipo de cuota, sino por mérito. Sin duda, María Teresa León, Josefina de la Torre y Ernestina de Chapourcin tienen bien ganado su lugar entre aquellos poetas de la Generación del 27 que, además, fueron sus compañeros, amigos, o esposos en un proyecto literario que nos sigue causando admiración. Como dice una crítica:

“Ustedes pueden pensar que lo que pretendo es hablar de una generación de mujeres del 27. Nada más lejos de mi intención. Lo que pretendo es volver a incidir en que las mujeres han quedado relegadas a ese segundo o tercer plano no por criterios históricos o artísticos sino por ser mujeres, por escribir una poesía íntima y muy personal en una búsqueda constante en el interior de su alma y, por último, porque sufren exilio, y éste —no lo olvidemos— ha sido otra causa de exclusión de la historiografía literaria” (Romero).

BIBLIOGRAFÍA

Azancot, Nuria, “Chus Visor: ‘Dicen que los novelistas son vanidosos, pero ¡hay cada poeta!’”, *El cultural.com*, s/p. Última consulta: 23/09/ 2017, <http://www.elcultural.com/revista/letras/Chus-Visor-Dicen-que-los-novelistas-son-vanidosos-pero-hay-cada-poeta/36667>.

Anónimo. “Muere Josefina de la Torre, poeta y actriz vinculada a la generación del 27”. *El País*. 13/07/2002, s/p. Última consulta: 23/09/ 2017, < https://elpais.com/diario/2002/07/13/cultura/1026511205_850215.html>.

Ascunce, José Ángel. “Ernestina de Champourcin: la autenticidad hecha poesía.” *Euskonews & media*, sin fecha, s/p. Última consulta: 23/09/2017, <<http://www.euskonews.com/0038zbk/gaia3804es.html>>.

Archipiélago de las letras, Academia Canaria de la Lengua, s/f, s/p, Última consulta: 23/09/ 2017, <<http://www.academiacanarialengua.org/archipielago/josefina-de-la-torre/textos/289/>>.

Balló, Tània, Jiménez Núñez, Manuel y Torres, Serrana (Directores). *Imprescindibles. Las Sinsombrero*, La 2, 9 de octubre de 2015, 59.02 min. Última consulta: 23/09/2017. <<http://www.rtve.es/alacarta/videos/imprescindibles/imprescindibles-sin-sombrero/3318136/?media=tve>>.

Checa, Edith. “Entrevista. Ernestina de Champourcin. Olvidada entre los equívocos linderos de la Generación del 27”. Conferencia impartida en la Unión de Escritores y Artistas (UNEAC) en la IV Fiesta Iberoamericana de la Cultura en Holguín (CUBA), octubre, 1996, en *Especulo*, núm. 9, Universidad Complutense de Madrid, s/p. Última consulta: 23/07/2017 <http://www.ucm.es/OTROS/especulo/numero9/e_champ2.html>.

Durán, Javier. “El rescate de Josefina de la Torre”. *Moralía, Revista de Estudios Modernistas*, núm. 7, 2007, 85-9, Cabildo de Gran Canaria. Última consulta: 23/09/2017, <moralia.tomasmorales.com/index/php/moralia/article/viewFile/1268/1440>.

Fava, Paolo. “Ernestina de Champourcin, la última del 27”. *Papel en Blanco*, 12/03/2007, s/p. Última consulta: 24/07/2017, <<https://www.papelenblanco.com/biografia/ernestina-de-champourcin-la-ultima-del-27>>.

Fernández Urtasun, Rosa. “Ernestina de Champourcin”. *Poesía Digital*, s/f, s/p. Última consulta: 24/09/2017, < <http://www.poesiadigital.es/index.php?cmd=documento&id=32>>.

Fernández Urtasun, Rosa, De Pablo Contreras, Santiago y Lamo de Espinosa, Jaime. *Mujeres y Literatura. Ernestina de Champourcin*. Madrid: Canal de la UNED en TVE 2, 27/04/2007. Última consulta: 24/09/2017, <https://canal.uned.es/mmobj/index/id/11912>>.

García Martín, Luis (Ed.). *Poetas del Novecientos: entre el Modernismo y la Vanguardia: (Antología)*. Tomo II: *De Guillermo de Torre a Ramón Gaya*. Alicante:

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004, s/p. **Última consulta:** 23/09/2017, <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/poetas-del-novecientos-entre-el-modernismo-y-la-vanguardia-antologiamo-ii-de-guillermo-de-torre-a-ramon-gaya--0/html/000de8d0-82b2-11df-acc7-002185ce6064_17.html>.

León, María Teresa. *Memoria de la melancolía*. Edición de Gregorio Torres Nebrera. Madrid: Castalia, 1998.

——— “Apuntes de una mujer. Mis reflexiones.” (Publicado bajo el seudónimo de Isabel Inghirami). *Correspondencia Militar*, Madrid, 6 de julio de 1925, núm. 14.239, 6.

Mangini, Shirley. “El Lyceum Club de Madrid, un refugio feminista en una capital hostil”. *Asparkia*, 17, 2006, 125-140. Última consulta: 16/05/2017, <<http://e-revistas.uji.es/index.php/asparkia/article/view/496/413>>..

Martín Fumero, José Manuel. *Las otras voces de la lírica insular de vanguardia (Julio Antonio de la Rosa, José Rodríguez Batllori, Josefina de la Torre, Félix Delgado, José Antonio Rojas, Agustín Miranda Junco e Ismael Domínguez)*. Tesis doctoral, Universidad de La Laguna, Curso 2009/10). Última consulta: 21/07/2017, <<http://tesis.bbt.ull.es/ccsyhum/cs257.pdf>>.

Martín Padilla, Kenia. “Josefina de la Torre o la versatilidad imperdonable”, *Revista Fogal*, núm. 13, 09/03/2015, s/p. Última consulta: 24/09/2017, <<https://www.revistafogal.com/2015/09/03/josefina-de-la-torre-o-la-versatilidad-imperdonable/>>.

——— “Josefina de la Torre”, *Archipiélago de las letras*, Academia Canaria de la Lengua, s/f, s/p, Última consulta: 23/09/2017, <<http://www.academiacanarialengua.org/archipelago/josefina-de-la-torre/textos/289/>>.

Millares, Selena. “Órbita literaria de Josefina de la Torre: una poeta entre dos generaciones [...]”, Universidad Autónoma de Madrid, s/f, 59-88. Última consulta: 23/09/2017, <https://www.uam.es/personal_pdi/filoyletras/semilla/proyecto/material/publicaciones/SM_Josefina%20de%20la%20Torre.pdf>.

Montero, Rosa. “Muy hartas”. *El País Semanal*. Número 2.122, 22/05/2017, 96.

Moraleja, Raquel. “Ellas que andaban sin sombreros,” *El acróbata*, s/f, s/p. Última consulta: 24/09/2017, <http://acrobata.es/las-sinsombrero/>

NO-DO, RTVE, 31/05/1954, 10 min. Última consulta: 24/09/2017, <http://www.rtve.es/filmoteca/no-do/not-595/1484425/>

- Pardellas, Juan Manuel. "Una exposición retoma la relación de Josefina de la Torre con el 27", *El País*, "Cultura", 20/06/2002, s/p. Última consulta: 24/09/2017, <https://elpais.com/diario/2002/06/20/cultura/1024524001_850215.html>
- Pérez-Camarero, María de los Dolores. "El Círculo Medina y su gran labor cultural." *ABC*, 07/10/1945, 11. Última consulta: 17/05/2017, <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1945/10/07/011.html>>.
- Romero López, Dolores. "Canon e historiografía: mujeres poetas del 27", *LEETHI*, , s/n, s/p. Última consulta: 24/09/2017, <<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/leethi/nav/texto.php?file=../docs/Canon%20non%20e%20historiograf%EDa:%20las%20mujeres%20poetas%20del%2027.html>>
- Salinas, Pedro "Isla, preludio, poetisa." Prólogo a: Josefina de la Torre, *Versos y estampas*. Málaga: Octavo suplemento de *Litoral*. Imprenta Sur, 1927, 9-15.
- Torres Nebrera, Gregorio. *Los espacios de la memoria (La obra literaria de María Teresa León)*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1996.
- "María Teresa León: los espacios de la memoria". *DRACO*, 3-4, 1991-92, 349-78.